

## EL HOMOEROTISMO: NOSOLOGÍA DE LA HOMOSEXUALIDAD MASCULINA<sup>1</sup>. (1914b).



### Sándor Ferenczi

Bastan pocas frases para resumir lo que el psicoanálisis nos ha enseñado sobre la homosexualidad. El primer paso esencial hacia el conocimiento en profundidad de esta tendencia impulsiva fue la hipótesis formulada por Fliess y Freud<sup>2</sup> sobre que *todo ser humano* atraviesa en realidad por un estadio psíquico bisexual durante su infancia.<sup>3</sup> Más tarde, el “complejo homosexual” sucumbe ante el rechazo; sólo subsiste una pequeña porción de él bajo una forma sublimada en la vida cultural del adulto, la cual desempeña un papel no despreciable en las obras sociales, las asociaciones de amigos y los clubs. En determinadas condiciones la homosexualidad insuficientemente rechazada puede reaparecer más tarde y manifestarse en forma de síntomas neuróticos; en particular en la paranoia que -según han podido demostrar recientes investigaciones- debe concebirse como una manifestación deformada del atractivo hacia el propio sexo.<sup>4</sup>

Debemos a Sadger y a Freud una nueva concepción de la homosexualidad que nos facilita su comprensión. Sadger ha descubierto, al psicoanalizar a muchos homosexuales masculinos, la existencia de fuertes *tendencias heterosexuales* en la primera infancia de tales sujetos, durante la cual el “complejo de Edipo” (amor hacia la madre, actitud recelosa hacia el padre) se manifestaba además con una particular intensidad. Según él, la homosexualidad que se desarrolla ulteriormente en estos individuos no es en realidad más que una tentativa de recrear la primitiva relación *con la madre. Es su propia persona* lo que el homosexual ama inconscientemente en los objetos del mismo sexo sobre los que proyecta su deseo, y él desempeña (siempre de manera inconsciente) el papel femenino y afeminado de la madre.

Sadger llama a este amor hacia sí mismo en la persona de otro *narcisismo*. Luego, Freud nos ha enseñado a atribuir una importancia mucho más grande y mucho más general al narcisismo, dado que todo ser humano pasa obligatoriamente por un estadio en su desarrollo de tipo narcisista. Tras el estadio del auto-erotismo “perverso-polimorfo” y antes de la elección propiamente dicha de un objeto de amor en el mundo exterior, todo ser humano se toma a sí mismo por objeto de amor reuniendo los erotismos hasta entonces autísticos en uno único, el “Yo amado”. Los homosexuales son seres que únicamente han quedado fijados con mayor fuerza que otros a este estadio narcisista; su amor está condicionado durante toda su vida por un órgano genital parecido al suyo propio.

Sin embargo, a pesar de toda su importancia, tales conocimientos no explican siempre las particularidades de la constitución sexual en las experiencias específicas que se hallan a la base de la homosexualidad

1.- Conferencia pronunciada en el Tercer Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional de Weimar, en octubre de 1911.

2.- Freud: *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad*.

3.- He propuesto utilizar el término “*ambisexual*” en lugar de “bisexual” para expresar que el niño, en un determinado estadio de su desarrollo, manifiesta sentimientos *anferóticos*, a saber, que puede transferir su libido al mismo tiempo sobre el hombre y sobre la mujer (padre y madre). La oposición ante la concepción de Freud y la teoría de la bisexualidad según Fliess quedaría de este modo en evidencia.

4.- Freud: “Precisiones psicoanalíticas sobre la autobiografía de un caso de paranoia: El presidente Schreber”, en *Cinco psicoanálisis*. Ver también: Ferenczi, “Papel de la homosexualidad en la patogénesis de la paranoia.” (O. C., t. I.).

manifiesta.<sup>5</sup>

Confesaré de entrada que me he roto la cabeza en vano tratando de resolver este problema. El único objetivo de mi comunicación es aportar algunos hechos de experiencia y algunos puntos de vista que se han impuesto a mí por sí mismos a lo largo de muchos años de observaciones psicoanalíticas de los homosexuales. Con ello se facilitará la clasificación nosológica correcta de los cuadros clínicos de la homosexualidad.

He tenido siempre la impresión de que actualmente se aplica el término de “homosexualidad” a anomalías psíquicas demasiado diferentes y, fundamentalmente, desconectadas unas de otras. La relación sexual con su propio sexo no es en efecto más que un *síntoma*<sup>6</sup> y éste puede ser al mismo tiempo la manifestación de enfermedades y problemas muy diversos, lo mismo que la expresión de la vida psíquica normal. Por lo tanto, era poco probable en principio que todo lo que se designa hoy bajo el término genérico de “homosexual” perteneciera realmente a una misma entidad clínica. Por ejemplo, los dos tipos de homosexualidad que se distinguían bajo el nombre de homosexualidad “activa” y homosexualidad “pasiva”, eran concebidas hasta ahora como dos formas diferentes de un mismo estado; en ambos casos nos contentamos con hablar “de inversión del impulso sexual”, de sensación sexual “contraria”, de “perversión”, sin sospechar que de este modo podían confundirse dos estados patológicos fundamentalmente diferentes por la sola razón de que tienen en común el mismo síntoma espectacular. Sin embargo, la observación superficial de estas dos formas de *homoerotismo*<sup>7</sup> basta para constatar que pertenece -al menos en los casos puros- a síndromes totalmente diferentes y que el homoerótico “pasivo” y el homoerótico “activo” representan dos tipos de hombres fundamentalmente diferentes. Solamente el homoerótico pasivo debe llamarse “invertido”, pues sólo él representa una inversión verdadera de los caracteres psíquicos -y a veces físicos- normales, solo él es un auténtico “estadio intermedio”. Un hombre que se siente mujer en sus relaciones con los hombres, está invertido en cuanto a su propio Yo (homosexualidad por inversión del sujeto o más simplemente “*homoerotismo de sujeto*”), y se siente mujer no únicamente en sus relaciones sexuales sino en todos los momentos de su existencia.

El verdadero “homosexual activo” es diferente. Se siente hombre en todos los sentidos, es a menudo muy enérgico, muy activo, y no existe nada de afeminado en él, ni en el plano psíquico ni en el físico. Sólo se halla invertido el *objeto* de su tendencia y en consecuencia podría denominársele un *homoerótico por inversión del objeto de amor* o más simplemente un homoerótico de objeto. Otra diferencia llamativa entre el homoerótico “subjetivo” y el homoerótico “objetivo”, es que el primero (el invertido) se siente atraído preferentemente por hombres maduros, fuertes, y mantiene con las mujeres relaciones amistosas, por así decir, fraternales; el homoerótico objetivo, por el contrario, se interesa casi exclusivamente por los muchachos delicados, de aire afeminado, y manifiesta respecto a las mujeres una clara antipatía, a menudo incluso un odio mal disimulado. El verdadero invertido casi nunca se dirige por sí mismo al médico, se siente muy a gusto en su papel pasivo y su único deseo es que uno se acomode a sus particularidades sin perjudicar el modo de satisfacción que le conviene. Al carecer de conflictos interiores que solucionar, puede mantener durante años uniones felices y nunca teme de hecho que el peligro y la humillación provengan del exterior. Por lo demás, su amor es femenino en los más mínimos detalles. La sobreestimación sexual que, según Freud, caracteriza al amor masculino no existe en él; no es demasiado apasionado y, como un verdadero Narciso, pide sobre todo a su amante que reconozca sus valores físicos y los de otro tipo.

El homoerótico de objeto, por el contrario, está incesantemente atormentado por la conciencia de su anomalía. Nunca está satisfecho por completo de sus relaciones sexuales, se halla perseguido por

---

5.- En húngaro este párrafo prosigue diciendo “... ni lo que permite distinguir la homosexualidad *manifiesta* de la homosexualidad *latente*, rechazada, neurótica o psiconeurótica, fundadas en la historia del individuo.” (N. del T.).

6.- En húngaro, en lugar de “relación sexual con su propio sexo”, se halla: “La sobreestimación del valor sexual de su propio sexo no es más que un síntoma.” (N. del T.).

7.- Este término se debe a F. Karsch-Haack (*Das gleichgeschlechtliche Leben des Naturvölker, Munich, 1911*). A mi parecer es preferible a la expresión “homosexualidad” que se presta a malentendidos y destaca, de modo contrario, al término *biológico* de “sexualidad”, el aspecto psíquico del impulso.

remordimientos de conciencia, y sobrestima hasta grandes extremos su objeto sexual.<sup>8</sup> Torturado por conflictos, no se resigna nunca a su estado; de aquí sus repetidas tentativas de dominar su mal con ayuda del médico. Si cambia a menudo de compañero no es, como el invertido, por ligereza, sino a consecuencia de las decepciones dolorosas y de una búsqueda infructuosa de su ideal amoroso. (La “formación de series” según la expresión de Freud.)

Supongamos que dos homoeróticos de tipos diferentes forman una pareja. El invertido halla en el homoerótico de objeto un amante perfecto, que le adora, le sostiene materialmente, es enérgico y dominante; en cuanto al homoerótico de objeto es precisamente la mezcla de rasgos masculinos y femeninos lo que le puede agradar en el invertido. Sin embargo, conozco también homoeróticos activos que desean exclusivamente a jóvenes no invertidos y es sólo por falta de algo mejor por lo que se contentan con invertidos.<sup>9</sup>

Estas dos caras del homoerotismo, sea cual fuere la facilidad con que puede distinguérselas, no tienen otro valor que el de una descripción superficial de síndromes en tanto que no se someten al método analítico propio del psicoanálisis, que es el único que nos puede hacer comprender su formación en el plano psicológico.

He tenido ocasión de analizar a muchos homoeróticos masculinos; algunos durante poco tiempo (varias sesiones), otros durante meses e incluso años. Me parece muy provechoso resumir y condensar mis impresiones y mis experiencias sobre el homoerótico en dos retratos robots psicoanalítico en lugar de exponer casos clínicos.<sup>10</sup>

Puedo desde ahora dar a conocer el resultado final de mis investigaciones: el psicoanálisis me ha mostrado que el homoerótico sujeto y el homoerótico de objeto son realmente dos estados totalmente diferentes. El primero es un verdadero “estadio sexual intermediario” (en el sentido de Magnus Hirschfeld y de sus alumnos), es decir, una pura *anomalía del desarrollo*. El homoerotismo de objeto, por el contrario, es una neurosis, una *neurosis obsesiva*.

Las capas psíquicas más profundas y los rasgos mnésicos más antiguos muestran todavía en ambos casos anferotismo,<sup>11</sup> bloqueo de los dos sexos o relación con los dos padres mediante la libido. Sin embargo, la inversión y el homoerotismo de objeto se alejan considerablemente el uno del otro en el curso de la evolución ulterior.

Cuando se está en disposición de hurgar profundamente en el estado del homoerótico de sujeto, se encuentran abundantes indicios de su inversión, es decir, de su naturaleza anormalmente afeminada. Desde su más tierna infancia, se imagina en la situación de su madre y no en la de su padre; desarrolla bien pronto un *complejo de Edipo invertido*; desea la muerte de su madre para ocupar su plaza cerca del padre y gozar de sus derechos; desea ardientemente su ropa, sus joyas y por supuesto su belleza y toda la ternura que le manifiesta; sueña con tener niños, juega con la muñeca y le gusta vestirse de mujer. Está celoso de su madre, reclama todo el afecto del padre para él, admirando sobre todo a su madre como algo bello de lo que está celoso. En algunos casos es evidente que esta tendencia a la inversión, que se halla probablemente

---

8.- En húngaro, en lugar de “sobrestima en extremo su objeto sexual”, se halla “la extraordinaria sobreestimación sexual degenera a menudo en él en orgía masoquista.” (N. del T.).

9.- Soy consciente de que, cuando califico al invertido de “femenino” y al homoerótico de “viril” opero con conceptos cuya extensión no está definida con la precisión necesaria. Indicaré solamente aquí qué entiendo por *virilidad la actividad* (agresividad) de la libido, un amor objetal altamente desarrollado con sobreestimación del objeto, una poligamia que no se opone a ella más que en apariencia y, como derivado lejano de la actividad, el rigor intelectual; por *feminidad: la pasividad* (tendencia al rechazo), el narcisismo que es la intuición (N. del T.: “retención, represión de la libido, ausencia de sobreestimación del objeto sexual”, añade la nota del artículo en húngaro). Naturalmente las características sexuales psíquicas se hallan mezcladas en cada individuo aunque en proporciones desiguales (ambisexualidad).

10.- Otra razón que justifica este procedimiento es el respeto al anonimato del paciente que es necesario proteger.

11.- Este término explica mejor, a mi parecer, el carácter psicológico de la noción de que tratamos, que el de “ambisexualidad” que propuse ocasionalmente.

condicionada siempre por la constitución, se halla reforzada por las influencias exteriores. “Los hijos únicos mimados”, los pequeños favoritos que crecen en un ambiente exclusivamente femenino, los niños educados como niñas porque han nacido cuando sus padres esperaban una hija, tienen más probabilidad de convertirse en invertidos en lo que concierne a su carácter sexual si presentan ya la predisposición correspondiente.<sup>12</sup>

Por otra parte, la naturaleza narcisista del niño puede llevar a sus padres a mimarle sobremanera, estableciendo así un círculo vicioso. Particularidades físicas tales como los rasgos y el cuerpo de niña, la cabellera abundante, etc., pueden contribuir a que un niño sea tratado como una niña. La preferencia que manifiesta el padre y la respuesta a ella, pueden ser reforzadas de manera secundaria, por lo general, por la naturaleza narcisista del niño; conozco casos en los que el niño narcisista provocaba el homoerotismo latente del padre bajo apariencias de una ternura excesiva, lo cual contribuía notablemente a fijar su propia inversión.

El psicoanálisis no puede enseñarnos nada nuevo en torno al destino ulterior de estos muchachos; permanecen fijados a este estadio precoz del desarrollo y se convierten finalmente en esas personalidades que conocemos bien debido a las autobiografías de los Uranistas. Lo único que puedo hacer es subrayar algunos puntos en lo que concierne a estos casos. La coprofilia y el placer olfativo se hallan profundamente rechazados en este sujeto y a menudo están sublimados en forma de estetismo, de predilección por los perfumes y de entusiasmo por las artes.

Otra característica: su idiosincrasia respecto a la sangre y a todo lo sangrante. Son en general muy accesible a la sugestión y muy fáciles de hipnotizar y atribuyen preferentemente la primera seducción de que fueron objetos a la “sugestión” practicada por un hombre que les habría mirado fijamente o que les habría perseguido de cualquier manera. Naturalmente, tras esta sugestión se disimula su propia traumatofilia.

El análisis del invertido no revela de hecho ningún afecto que pueda modificar fundamentalmente su actitud actual respecto al sexo masculino, y por ello hay que considerar la inversión (el homoerotismo de sujeto) como un estado imposible de curar mediante el psicoanálisis (o, de modo general, mediante cualquier otra forma de psicoterapia). Sin embargo, el psicoanálisis no deja de influenciar el comportamiento del paciente; suprime los síntomas neuróticos que acompañan muchas veces la inversión, en particular la angustia, a menudo considerable. El invertido confiesa con más franqueza su homosexualidad tras un análisis. Señalemos además que muchos invertidos no son en absoluto insensibles a las pruebas de ternura que les testimonian las personas del sexo femenino. De alguna forma realizan en *sus relaciones con las mujeres* (en consecuencia, sus semejantes) el *componente homosexual de su sexualidad*.

Basta un análisis superficial para poner de nuevo en evidencia el aspecto tan diferente del *homoerótico de objeto*. Tras una investigación muy breve, los que se hallan afectados de este mal aparecen como *neuróticos obsesivos* típicos. Presentan una profusión de ideas obsesivas, de medidas compulsivas y de ceremoniales destinados a preservarlas. Un análisis en profundidad halla enseguida tras su obsesión la duda torturante y ese desequilibrio entre el amor y el odio que ha descubierto Freud como resorte de los mecanismos obsesivos. El psicoanálisis de estos homoeróticos de tipo puramente viril por lo general, cuyo sentimiento anormal concierne a su objeto de amor, me ha mostrado claramente que esta especie de *homosexualidad* en todas sus formas no es en sí misma más que una *sucesión de sentimientos obsesivos y de actos compulsivos*. A decir verdad, toda la sexualidad pertenece al orden de la compulsión; pero el homosexual es objeto –según mi experiencia– de una compulsión verdaderamente *neurótica*, con *sustitución* no reversible por la lógica de los objetos y actos sexuales normales por otros objetos y actos anormales.

La historia de los homoeróticos de tipo viril descubierta por el psicoanálisis es en general la siguiente:

---

12.- Entre los muchachos que han crecido sin padre, se hallan con bastante facilidad homoeróticos. Supongo que la fijación a la imagen del padre, perdido cuando se era joven o jamás conocido, resulta por lo menos en parte del hecho de que en tales condiciones el conflicto entre el padre y el hijo, generalmente inevitable, no se produce. (“El hombre atribuye siempre dos veces más al destino lo que le falta que lo que realmente posee; de este modo las largas narraciones de mi madre me han llenado de una nostalgia creciente por mi padre al que nunca conocí.” Gottfried Keller, *Der grüne Heinrich*, cap. II.) En las familias en que el padre vive pero es considerado como inferior o sin importancia, el hijo desea exageradamente la presencia de un hombre “fuerte” y manifiesta cierta tendencia a la invención.

todos ellos eran, desde su más tierna infancia, agresivos en el plano sexual e incluso heterosexual (lo que confirma las constataciones de Sadger). Sus fantasías edípicas eran siempre “normales” y culminaban en proyectos de agresión sexual sádicos relativos a su madre (o a la persona que desempeña su papel) y en deseos de muerte cruel para el padre que les hacía competencia. Igualmente todos habían sido precoces en el plano intelectual e, impulsados por su afán de saber, habían elaborado una serie de teorías sexuales infantiles; esto había constituido la base de sus ideas obsesivas. Además de la agresividad y de la intelectualidad, su constitución se caracterizaba por un erotismo anal y una coprofilia particularmente intensas.<sup>13</sup> Durante toda su infancia, habían sido duramente castigados por sus padres<sup>14</sup> debido a una *falta heteroerótica* (caricias indecentes a una niña, tentativa infantil de coito) y tuvieron que reprimir en esta ocasión (repetida luego a menudo) un violento acceso de rabia. En el período de latencia -aparecido precozmente- se habían manifestado particularmente dóciles, evitando la compañía de las mujeres y de las niñas, mitad por desprecio, mitad por angustia, teniendo tan sólo relaciones con sus camaradas. Existen algunas “brechas” en el período de latencia de uno de mis pacientes en forma de ternuras homoeróticas; en otro, el período de latencia fue perturbado por un incidente en el que él había espiado las relaciones sexuales de sus padres y, debido a la impresión, la malicia sustituyó durante cierto tiempo a su “inocencia” de entonces (fantasías de venganza). En el momento del brote libidinoso de la pubertad, el homoerótico se halla de repente inclinado hacia el otro sexo, pero basta la menor indicación o el más mínimo castigo por parte de una persona revestida de autoridad para despertar su temor hacia las mujeres, lo que provoca inmediatamente, o tras un corto período de latencia, la huida definitiva ante el sexo femenino y la inclinación hacia su propio sexo. Un paciente se había enamorado a los quince años de una actriz sobre cuya moralidad su madre había hecho unos comentarios poco favorables; a consecuencia de ello perdió todo el interés por el sexo femenino y se sintió atraído compulsivamente por los jóvenes. En otro de mis pacientes, la pubertad se inició con un verdadero frenesí heterosexual; durante un año tuvo necesidades de tener un encuentro sexual diario y, para hacerlo, se procuraba dinero, si era necesario deshonestamente. Pero cuando dejó embarazada a la criada de la casa, fue censurado por su padre e insultado por su madre; en consecuencia, se entregó con el mismo celo al culto del sexo masculino del que no pudo desviarse más adelante a pesar de todos sus esfuerzos.

En la relación transferencial con el médico, el homoerótico de objeto repite la génesis de su enfermedad. Si desde el principio la transferencia es positiva, pueden producirse rápidamente “curaciones inesperadas”; pero a la más mínima dificultad el paciente vuelve a caer en su homoerotismo y sólo entonces, en el momento en el que sobreviene la resistencia, puede comenzar el análisis propiamente dicho. Si al principio la transferencia es negativa, lo que ocurrió claramente con uno de mis pacientes que vino al tratamiento por orden de sus padres y no por voluntad propia, no hay que realizar un verdadero trabajo analítico durante bastante tiempo; el enfermo pasa la sesión contando con ironía y fanfarronería sus aventuras homoeróticas.

En la fantasía inconsciente del homoerótico de objeto el médico puede representar al hombre o a la mujer, al padre o a la madre, y en cualquier caso de inversión pueden representar un papel muy importante, y todo ello “en el marco de la transferencial<sup>15a</sup>”(15). Parece ser que un homoerótico de objeto se entusiasma amando inconsciente a la mujer en el hombre; la parte posterior del hombre puede representar para él a la mujer de

---

13.- La opinión mantenida en esta exposición, a saber, que el homoerotismo es una neurosis obsesiva, se ha afianzado aún más en mí desde que Freud, en su artículo sobre “La predisposición a la neurosis obsesiva”, 1913 (*Ges. Sch. t. V*), señala como base constitucional de esta neurosis la fijación del desarrollo de la libido a un estadio *pregenital*, más concretamente al estadio del *erotismo sádico anal*. Precisamente el sadismo y el erotismo anal los he hallado a la base del homoerotismo de objeto: lo que depone indiscutiblemente en favor del parentesco de estos dos estados patológicos. (Ver también E. Jones, “Hass und Analerotik in der Zwangsneurose”. (Odio y erotismo anal en la neurosis obsesiva), *Int. Zeitschr. f. Ps. A.*, I, 1913.).

14.- Me ha sorprendido el hecho de que es a menudo la *madre* la que reprende al futuro homoerótico, pero no le había dado demasiada importancia hasta que el profesor Freud me señaló el interés de este factor.

15.- *Los sueños* de los homoeróticos son muy ricos en inversiones. Series enteras de sueños deben ser leídas a menudo al revés. Como acto sintomático, el error de escritura o de lenguaje en el empleo del *género del artículo* es frecuente. Uno de mis pacientes ha llegado a componer una cifra bisexual: El 101, que, según se desprendía del contexto, significaba entre otras cosas que era para él “parecido por delante y por detrás”.

frente, los omóplatos o las nalgas pueden representar los pechos de la mujer. Son estos casos sobre todo los que me han demostrado que esta especie de homoerotismo no es más que un producto de sustitución de la libido heterosexual. Además, el homoerótico activo satisface al mismo tiempo sus impulsos sádicos y eróticos anales; esto no es sólo válido para el pederasta efectivo sino también para los amantes hiperrefinados de los muchachos que evitan ansiosamente cualquier contacto indecente con ellos; no hacen otra cosa que reemplazar su sadismo y su erotismo anal por formaciones reaccionales.

A la luz del psicoanálisis, el acto homoerótico activo aparece, pues, por una parte como una falsa obediencia tras el castigo recibido; el homosexual, tomando la prohibición paterna al pie de la letra, evita efectivamente toda relación sexual con las mujeres pero se entrega en sus fantasías inconscientes a deseos heteroeróticos prohibidos; por otra parte el acto pederástico sirve a la fantasía edipiana definitiva, con la significación de herir y de ensuciar al hombre.<sup>16</sup>

En el plano intelectual, el homoerotismo compulsivo parece ser en primer lugar la supercompensación de la duda relativa al amor por el propio sexo. La compulsión homoerótica une en feliz compromiso de huida ante la mujer y su sustituto simbólico, así como el odio al hombre y su compulsión. La mujer aparentemente desplazada de la vida amorosa no constituye un objeto de conflicto entre el padre y el hijo.

Resulta interesante mencionar que la mayoría de los *homoeróticos obsesivos* (como podría también denominarse a este tipo de enfermedad) que he analizado utilizan la teoría, tan extendida actualmente, de la inclinación por su propio sexo como estadio intermedio para presentar su estado como congénito, y en consecuencia irremediable, y sin que pueda influirse sobre él o, para hablar como Schreber en sus "Memorias", en el *orden del universo*. Se consideran todos como *invertidos* y están contentos por haber hallado un soporte científico que justifique sus representaciones obsesivas y sus actos compulsivos.

Ahora voy a hablar de mi experiencia sobre la curación de esta clase de homoerotismo. Señalaré de entrada que todavía no se ha logrado (yo al menos) curar completamente un caso grave de homoerotismo obsesivo; he podido, sin embargo, anotar mejorías muy importantes, en particular una reacción de la actitud hostil y del desagrado por las mujeres, y mejor dominio de la compulsión por la satisfacción homoerótica, antes incoercible, y ello a pesar de la persistencia de la orientación impulsiva; el despertar de la potencia con las mujeres, es decir, una especie de anfierotismo que ocupa el lugar del homoerotismo antes exclusivo, alternado a menudo con este último en forma de infidelidades ocasionales. Estas experiencias me han hecho concebir la esperanza de que el homoerotismo sea también curable mediante el método psicoanalítico, como lo son las demás formas de neurosis obsesiva. Sin embargo, supongo que la reversión fundamental de un homoerotismo obsesivo arraigado desde hace tiempo exige años de trabajo analítico. Es un caso en el que tenía depositadas muchas esperanzas, la cura fue interrumpida al término de casi dos años por razones ajenas. Sólo cuando dispongamos de observaciones de los enfermos curados, es decir, analizados hasta el fin, será posible emitir un juicio sobre las condiciones de formación de estas neurosis, sobre la esteticidad de sus factores de predisposición y de sus factores accidentales.

El homoerotismo puede presentarse sin duda bajo formas químicas diferentes a las que acabamos de describir, con constelaciones de síntomas diversos; al señalar los dos tipos indicados no pretendo de ningún modo haber agotado todas las posibilidades. Mediante esta distinción nosológica he pretendido esencialmente atraer la atención sobre la confusión que reina incluso en los escritos que tratan del problema de la homosexualidad. La investigación psicoanalítica muestra que hasta ahora se han colocado en el mismo plano, bajo la etiqueta de "homosexualidad", estados psíquicos muy heterogéneos: por una parte verdaderas anomalías constitucionales (inversiones, homoerotismo de sujeto), y por otra estados psiconeuróticos obsesivos (homoerotismo de objeto u obsesivo). El individuo de la primera categoría se caracteriza esencialmente porque se siente mujer con el deseo de ser amada por el hombre, mientras que en el otro caso se trata más bien de una huida ante la mujer que de una simpatía por el hombre.

---

16.- Uno de mis pacientes, cuando se sentía herido por un hombre, sobre todo por un superior, tenía que buscar de inmediato un hombre prostituido: era el único medio de que disponía para evitar un acceso de rabia. El pretendido "amor" por el hombre era en este caso esencialmente un acto de violencia y de venganza.

Al describir el homoerotismo de sujeto como un síntoma neurótico, me opongo a Freud, quien en su “Teoría de la sexualidad” define la homosexualidad como una perversión, y la neurosis, como el negativo de la perversión. Sin embargo, la contradicción sólo es aparente. Las “perversiones”, es decir, las fijaciones en objetivos sociales primitivos o pasajeros, pueden estar profundamente puestas al servicio de tendencias neuróticas al rechazo, en cuyo caso una parte de la auténtica perversión (positiva), neuróticamente exagerada, representa al mismo tiempo el negativo de otra perversión. Este es precisamente el caso del “homoerotismo de sujeto”. El componente homoerótico que normalmente nunca falta, está en este caso super bloqueado por una masa de afectos que en el inconsciente se refieren a otra perversión rechazada, a saber, un heteroerotismo cuya fuerza es tal que es incapaz de acceder a la conciencia.

De los dos tipos monoeróticos aquí descritos, el “homoerotismo objetivo” me parece el más frecuente y el más importante desde el punto de vista social; hace que un gran número de personas, generalmente valiosas (y que tienen cierta predisposición a la psiconeurosis), sean incapaces de llevar una vida social y las apartan de las funciones reproductoras. *El número incesantemente creciente de homoeróticos de sujeto* constituye igualmente un fenómeno social de importancia que exige una explicación. La hipótesis que me sirve provisionalmente de explicación consiste en ver en la actitud del homoerótico de objeto una reacción anormal al rechazo relativamente excesivo del componente impulsivo homoerótico exigido por la civilización, dicho de otro modo, un fracaso de este rechazo.

El anfierotismo desempeña un papel tan importante en la vida psíquica de los pueblos primitivos (y de los niños) como en la de los pueblos civilizados. Sin embargo, en los pueblos muy civilizados (por ejemplo, entre los griegos) era una forma de satisfacción voluptuosa no sólo tolerada sino admitida; es lo que ocurre en Oriente. Si el homoerotismo propiamente tal está ausente en los países modernos de cultura europea, aunque se halle en trance de recuperación, su sublimación, tan natural en la antigüedad -la amistad apasionada y llena de abnegación entre hombres-, brilla igualmente por su ausencia. Es sorprendente, en efecto, ver hasta qué punto se pierden entre los hombres de hoy el don y la capacidad de ternura y de amabilidad recíprocas. En su lugar reinan entre los hombres la rudeza, la oposición y la rivalidad. Como resulta impensable que estos afectos tiernos, tan señalados en el niño, hayan desaparecido sin dejar rastro, es preciso concebir estos signos de resistencia como formaciones reactivas, como los síntomas de una defensa contra la ternura hacia su propio sexo, deformada de este modo. (Hoy subsisten también algunos rastros de forma positiva, por ejemplo, en la vida de las asociaciones y de los partidos, en el “culto” a los héroes”, en la predilección de muchos hombres por las mujeres viriles y por las actrices en atuendo masculino y, por último -en forma de accesos más declaradamente eróticos-, en la ebriedad donde el alcohol destruye las sublimaciones.)

Sin embargo, parece que el hombre moderno no ha encontrado en estos rudimentos de amor hacia su propio sexo una compensación suficiente por la pérdida del amor amistoso. Una parte del homoerotismo permanece “flotando libremente” y reclama satisfacción; pero, como esto es imposible en las relaciones regidas por la civilización actual, esta cantidad de libido debe sufrir un desplazamiento, *desplazarse sobre las relaciones afectivas con el otro sexo*. Creo ciertamente que, debido a este desplazamiento de afectos, los hombres actuales son todos sin excepción *heterosexuales compulsivos*; para apartarse del hombre se convierten en criados de las mujeres. Esto podría explicar la veneración de la mujer y la actitud “caballeresca” excesiva y a menudo visiblemente afectada que dominan el universo masculino a partir de la Edad Media. Podría ser también una explicación del donjuanismo, esa búsqueda compulsiva y, sin embargo, nunca enteramente satisfecha de aventuras heterosexuales siempre nuevas. Aun a riesgo de ver a Don Juan hallar por sí mismo esta ridícula teoría, me siento obligado a considerarle como un obseso que nunca pudo hallar satisfacción en la interminable serie de mujeres (cuya lista tenía al día tan concienzudamente el criado Leporello), pues tales mujeres no son en realidad más que sustitutos de objetos de amor rechazados.<sup>17</sup> No quisiera que se interpretara mal mi pensamiento. Encuentro natural y fundado en la organización psicofísica de los sexos que el hombre prefiera con mucho la mujer a su propio sexo; pero lo contrario no lo es, o sea, que deba rechazar a los hombres y adorar a las mujeres que logren responder a estas desmesuradas exigencias de

---

17.- Existe además un donjuanismo del heteroerotismo insatisfecho.

satisfacer, mejor que todas las demás, las necesidades homoeróticas del hombre en tanto que “compañero”, y esta es sin duda una de las razones más frecuentes de las desavenencias conyugales.

Este homoerotismo excesivo destinado a rechazar el amor hacia los sujetos del propio sexo me recuerda involuntariamente el epigrama de Lessing (Epigramas, libro II, número 6): “El pueblo injusto acusaba falsamente al leal Turan de amor a los muchachos. Para desmentir tales calumnias, no podía hacer otra cosa que acostarse con su hermana”.

No se comprende bien cuál puede ser la causa de la proscripción pronunciada contra *esta forma* de ternura entre hombres. Es posible que el considerable refuerzo del sentido de la propiedad durante los últimos siglos, es decir, el *rechazo* del erotismo anal, haya proporcionado el motivo más poderoso. El homoerotismo, incluso el más sublimado, se haya en relación asociativa más o menos inconsciente con la pederastia, que es una actividad erótica anal.

El creciente número de homoeróticos en la sociedad moderna sería entonces indicio de un fracaso parcial, del “retorno” de lo rechazado.

Nuestra tentativa de explicar la predominancia del homoerotismo de objeto puede resumirse así: el rechazo excesivo del componente impulsivo homoerótico en la sociedad actual ha supuesto en general un reforzamiento ligeramente obsesivo del heteroerotismo masculino. Cuando el heteroerotismo es fuertemente limitado o inhibido, como ocurre necesariamente en lo que concierne a la educación de la juventud, se produce con facilidad -sobre todo en los individuos predispuestos- un desplazamiento retrógrado de la compulsión al heteroerotismo sobre el homoerotismo, lo cual entraña una neurosis obsesiva homoerótica.

**(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).**

*Volver a Selecciones Ferenczianas*

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: [alsfchile@alsf-chile.org](mailto:alsfchile@alsf-chile.org).